

# Traducción al español del Prefacio de De Humani Corporis Fabrica

## *Spanish Translation of the De Humani Corporis Fabrica Preface*

■ Andrés Vesalio

■ AL DIVINO CARLOS V, MÁXIMO Y SIEMPRE INVICTO EMPERADOR.

PREFACIO de Andrés Vesalio a sus libros  
*Sobre la estructura del cuerpo humano*



Aunque al ocuparse de las ciencias y las artes se presentan diversos e importantes obstáculos que entorpecen su conocimiento preciso y su aplicación afortunada, clementísimo César CARLOS, considero que también supone una dificultad no desdeñable la fragmentación excesiva de las disciplinas que conforman cualquier arte y, mucho más aún, la distribución tan estricta de las distintas técnicas entre los diversos médicos. De manera que quienes se fijaron cualquier objetivo, hasta tal punto abarcaron una sola parcela, desechando las demás importantes en sí y que no pueden separarse, que nunca logran resultados sobre-

salientes y, no obteniendo jamás el fin propuesto, se apartan continuamente del verdadero fundamento de la ciencia.

---

La traducción del latín al español ha sido realizada por Amparo Pérez Gutiérrez. El texto del "Prefacio" se ha obtenido de: Andreae Vesalii, *De humani corporis fabrica*. 1.ª edición, Basilea: Joannis Oporini, 1543, a partir de la reproducción facsímil editada por Bruxelles: Medicinal Historia, 1960.

<sup>1</sup>*Nota de la Redacción.* Esta letra "Q" da entrada al texto original que empieza así: "Quantumvis...". Si el lector se ayuda de una lupa podrá observar la vivisección de un cerdo. Vesalio describe cómo mantener vivo al animal —aun cuando el tórax está abierto— intubando su tráquea con la boca de un fuelle. Abajo a la izquierda un cupido juega con una navaja.

En efecto, pasaré en silencio sobre las restantes e iniciaré mi discurso sobre la ciencia que es, sin duda, preeminente para la salud humana [la medicina]. Aunque sea claramente la más beneficiosa, necesaria, ardua y laboriosa de todas las que el ingenio humano ha descubierto, no podría acontecerle nada más perjudicial que, en algún momento —y sobre todo después de la invasión de los godos y del reinado de Mansur en Persia (bajo el cual florecían los árabes, que aún convivían con nosotros y con los griegos)— la medicina comenzara a desmembrarse, hasta el punto de que su principal instrumento, la aplicación de la mano para curar, fue tan despreciado que prácticamente se vio encomendado a los plebeyos y personas nada instruidas en las disciplinas auxiliares del arte médico.

Si bien existieron desde la antigüedad tres doctrinas médicas, esto es, la Lógica, la Empírica y la Metódica, sin embargo sus autores orientaron el objetivo del saber universal a preservar la salud y combatir las enfermedades. Desde entonces, aportando cada uno todo lo que en sus escuelas consideraban necesario para la ciencia, lo adoptaban y utilizaban como un triple instrumento de ayuda, siendo el primero de ellos el régimen de vida<sup>2</sup>; el segundo, un amplio uso de medicamentos; el tercero, la actuación manual, que muestra claramente mejor que los otros que la medicina consiste en corregir lo deficiente y eliminar lo superfluo, y siempre ofrece utilidad a los enfermos para su curación cuantas veces recurrimos a la atención médica; asimismo, el tiempo y la experiencia han demostrado que ésta es la más provechosa para beneficio del género humano.

Esta triple forma de tratar era igualmente familiar para los médicos de cualquiera de las escuelas; y precisamente los que aplican sus propias manos para curar, según la naturaleza de los enfermos, no son menos diligentes en su ejercicio que al disponer un régimen de vida o al elaborar y prescribir los medicamentos, como demuestran con claridad —mejor que los restantes libros del divino Hipócrates— los que compuso con la más absoluta perfección: *Sobre el Oficio Médico, Sobre las Fracturas, Luxaciones y todas las enfermedades de este género*<sup>3</sup>. Y también Galeno, el más eminente médico después de Hipócrates, a pesar de que con frecuencia se vanaglorie de que tan sólo a él se le encomendara el cuidado de los gladiadores de Pérgamo, ni aún a avanzada edad permitió que los monos que él mismo había de diseccionar fueran desollados por mano de los criados. Y, a menudo, subraya cuánto le deleita la actividad manual y con cuánto empeño la ejercía, al igual que otros médicos de Asia.

Por cierto, todos los antiguos parecen haber transmitido a la posteridad con la misma solitud la curación que se logra por la aplicación de la mano y la que se obtiene a través de la

---

<sup>2</sup>Nota de la traductora (N. de la T). *Victus ratio*: en el *Nuevo Diccionario Latino-Español Etimológico* de Raimundo de Miguel (1897) se compendia en este término la dieta, higiene, calzado, actividad, etcétera; es decir, lo que los médicos englobamos como "régimen de vida" y que es más completo que el término "dieta", utilizado habitualmente en otras traducciones.

<sup>3</sup>N. de la T. Vesalio, casi con toda seguridad, se está refiriendo aquí a los tres libros hipocráticos que llevan por título: *Sobre la ciencia médica, Sobre las fracturas y Sobre las articulaciones*.



Figura 1. En este retrato, atribuido a J. S. Calcar, el autor de la *Fabrica* aparece mostrando una disección del brazo y de la mano. Vesalio parece mirar al lector, acaso con la intención de señalarle el camino por el que debe discurrir el estudio de la anatomía: la disección. Sobre la mesa puede verse un escalpelo, un tintero con su pluma y un trozo de papel lleno de anotaciones. En el borde de la mesa se lee la fecha de 1542.

dieta o los medicamentos. Pero especialmente tras la devastación de los godos, cuando todas las ciencias que antes florecían felizmente y se practicaban como era debido abocaron a la ruina, los médicos más destacados, primero en Italia a imitación de los antiguos romanos, desdeñaron la actuación manual y comenzaron a delegar en los criados lo que se realiza con la mano sobre los pacientes y a estar presentes ante ellos sólo al modo de los arquitectos<sup>4</sup>.

Después, como poco a poco los demás fueran despreciando también la verdadera medicina por los cometidos desagradables de su ejercicio, pero sin renunciar entretanto al provecho económico ni a los honores, se mostraron claramente indignos de los médicos antiguos, al encomendar el modo de cocinar y, aún más, la completa elaboración de la dieta a los cuidadores de los enfermos; la fabricación de los medicamentos a los boticarios; y la actuación manual a los barberos. Y así, a lo largo del tiempo, el método de curar fue convulsionado de forma tan penosa, que algunos médicos, dándose a sí mismos el nombre de físicos, se arrogaron sólo la prescripción de medicamentos

y dietas para enfermedades ocultas y en cambio relegaron los demás contenidos de la medicina en aquéllos que denominan "cirujanos"<sup>5</sup> y que apenas tienen consideración de criados, alejando de sí vergonzosamente la rama principal y más antigua de la medicina, y que se basa sobre todo en el estudio de la Naturaleza (como si existiese alguna otra forma); no obstante, hoy en día entre los hindúes practican esto [la intervención manual] principalmente los reyes, los persas lo transmiten a sus hijos en justa herencia igual que en el pasado enseñaban toda la ciencia de Asclepiades, y los tracios lo cultivan y honran en el más alto grado con la mayo-

<sup>4</sup>N. de la T. Es probable que el autor se refiera aquí críticamente a aquellos arquitectos que dirigían "sin pisar la obra".

<sup>5</sup>N. de la T. Vesalio utiliza el término griego "Chirurgos" (εργον χειρ): "trabajador manual".

ría de los pueblos. Y menospreciada aquella parte de la ciencia [el uso de medicamentos] que en la antigüedad los Romanos consideraban ideada para engaño y destrucción de los hombres, la proscibieron del Estado: puesto que sin la ayuda de la Naturaleza no sirve en absoluto; por el contrario, al procurar ayudarla cuando se intenta tratar una enfermedad, con frecuencia la arruina por completo y se aleja en adelante de su finalidad. En consecuencia, le debemos especialmente a la actuación manual que este arte [la medicina], el más sagrado, se vea libre de tantos improperios como se lanzan habitualmente contra los médicos, mientras una de sus partes —precisamente aquélla que los hombres preparados en las disciplinas liberales se permiten apartar de sí ignominiosamente— la engrandece siempre por mérito propio.

Cuando Homero, en verdad fuente de inspiración, afirma que un médico es más importante que otros muchos hombres, y elogia a Podalyrio y Macaón junto a todos los poetas de Grecia, ensalza a estos hijos de Esculapio no porque eliminaran la fiebre y lo que la Naturaleza misma sana sin ayuda del médico más fácilmente que con su ayuda; o porque se dedicaran al cuidado del hombre afectado por recónditas y deplorables enfermedades del apetito<sup>6</sup>; sino porque se ocupaban sobre todo del tratamiento de las luxaciones, fracturas, heridas y demás soluciones de continuidad, así como de las hemorragias; y porque liberaban a los valientes soldados de Agamenón de la jabalina, los dardos y otros males de este género (que las guerras provocan particularmente y que exigen siempre la intervención diligente del médico).

Ahora bien, augustísimo César CARLOS, de ninguna manera he propuesto elegir una forma de tratamiento médico sobre las demás, puesto que los tres métodos de curar ya descritos no pueden separarse en absoluto, e interesan en su totalidad a cada médico; y para conseguir adecuadamente este objetivo todas las partes de la medicina deben estar dispuestas y conformadas por igual, de tal modo que cada una sea dedicada a su utilidad más apropiada, y a la vez quien reúna todas tendrá mayor perfección.

No obstante, también puede presentarse alguna enfermedad en verdad rara que no requiera de inmediato el triple método de tratamiento: y así deba establecerse un régimen de vida apropiado, una prescripción de medicamentos y finalmente algún remedio manual. Por ello, los aprendices de este arte deben ser exhortados por todos los medios para que —despreciando las murmuraciones de los físicos (si tal nombre place a los dioses)— apliquen también sus manos para curar a imitación de los griegos, como aconseja plenamente la naturaleza de su arte, y así no convertir el tratamiento médico desmembrado en nocivo para la vida humana. Y tanto más y con mayor atención deben ser animados a ello, porque vemos que hoy los doctos más rigurosos en medicina huyen de los trabajos manuales como de la peste, para no ser presentados por las jerarquías médicas como barberos ante la gente inculta; y después no se

---

<sup>6</sup>N. de la T. Palato: en el *Diccionario Latino-Español* de Manuel Valbuena (1851) encontramos la acepción de Horacio y Terencio Varro como "apetito, gusto, paladar". Vesalio muy probablemente se refiere aquí a "alteraciones del apetito" en general, ya que las pone en coordinación con la "fiebre" como ejemplos de síntomas sistémicos, y no como enfermedad local del paladar.

les conceda precisamente a ellos igual beneficio material que a esos ni siquiera medio médicos, ni se les otorgue igual honor y estima ante el pueblo ignorante. En efecto, es detestable esta opinión prevalente entre el vulgo, sobre todo porque dificulta que asumamos —aún en nuestros días— el arte de curar como un todo y, admitiendo para nosotros sólo el tratamiento de las enfermedades internas, estudiemos únicamente una de sus partes para ser médicos, con gran perjuicio de los mortales (como diré en verdad de una vez por todas).

En primer lugar, como quiera que la elaboración de los medicamentos se relegase por completo a los boticarios, enseguida los médicos renunciaron al conocimiento de los medicamentos sencillos, muy necesario para ellos mismos, y fueron responsables de que las boticas se llenaran de nuevo de tantos vocablos extranjeros y falsos remedios, así como de que a la vez perdiéramos tantos preparados de los antiguos en verdad muy notables, y de que muchos permanezcan aún desconocidos. Pero, finalmente, ellos desarrollaron un trabajo exhaustivo no sólo para los más eruditos varones que nos precedieron algunos años sino también para los de nuestra época, tan dedicados al conocimiento de los medicamentos sencillos con celo infatigable que parecen haberse consagrado por completo a restituirlo a su pristino esplendor. Acerca de esto, entre tantos hombres célebres, es un ejemplo Gerardo Vueldbik, privado de tu Majestad, modelo excepcional de esta época, y distinguido especialmente por su erudición en numerosas disciplinas y lenguas, y el mejor conocedor de la botánica entre nosotros.

Por otra parte, tan perversa desmembración de los métodos de curar entre los diversos médicos ha provocado hasta ahora un naufragio mucho más abominable y un desastre aún más peligroso para la rama principal de la filosofía natural [la anatomía], a la que —puesto que abarca la descripción del hombre debería ser con razón el principio constituyente y fundamento de su arte— Hipócrates y Platón estimaron tanto que no dudaron en atribuirle la primacía entre todas las partes de la medicina. En efecto, en un principio la anatomía fue cultivada con esmero únicamente por los médicos quienes para dominarla tensaron todas sus fibras en este empeño. Después comenzó desdichadamente a decaer cuando los mismos médicos, al delegar la actividad manual en otros, causaron su ruina. Por ejemplo, mientras los médicos sostenían que les incumbía la atención exclusiva de las enfermedades internas, pensaban que les bastaba con conocer suficientemente las vísceras y despreciaron como ajena a ellos la estructura de los huesos y los músculos, y de los nervios, venas y arterias que discurren entre ellos.

Junto a esto, cuando toda la labor se encomendaba a los barberos no sólo desapareció el verdadero conocimiento de las vísceras por los médicos, sino que también cayó en desuso por completo la práctica de la disección, sin duda debido a que éstos no emprendieran su realización; a su vez, aquéllos a los que se asignara el oficio manual eran tan incultos que no llegaban a comprender los escritos de los profesores de disección.

No puede esperarse que este género de hombres por sí mismos preservara para nosotros un arte tan arduo y abstruso, transmitido a ellos manualmente; y que esta funesta separación de las ramas del arte de curar no condujera en las Escuelas a la costumbre detestable por la que unos se dedican a la disección del cuerpo humano y otros proceden a describir el

relato de sus partes. Éstos, en verdad, al modo de grajos, peroran con notoria altanería en la cima de su cátedra de lo que nunca han practicado, y sólo confían de memoria en libros de otros o en dibujos que ponen ante sus propios ojos. Ellos, efectivamente, son tan ignorantes en lenguas que no pueden explicar las disecciones a los oyentes y tergiversan lo que se debe mostrar según las instrucciones de un físico, quien sin aplicar la mano a la disección, arrogante, dirige al marinero de acuerdo sólo con un manual. Y así como se enseña todo confundidamente en las escuelas, y algunos pasan los días en cuestiones ridículas, así también en aquel tumulto se exponen menos materias a los oyentes que las que un carnicero pudiera enseñarle a un médico en la carnicería. Igualmente silenciaré algunas Escuelas donde apenas se considera que pueda trabajarse alguna vez en la disección de la ensambladura del cuerpo humano: hasta tal punto la antigua medicina se ha apartado desde hace muchos años de su primigenio esplendor.

Más tarde, como ya hiciera algún tiempo que la medicina comenzara a revivir con todos los estudios en esta época tan próspera (que los dioses quieren gobernar con prudencia bajo tu autoridad), y a levantar su cabeza desde las tinieblas más profundas de modo que sin discusión pareció haberse recuperado en algunas Academias la antigua brillantez, y que no se deseara nada tan vivamente para la medicina como la ciencia casi desaparecida de las partes del cuerpo humano, entonces yo mismo, impulsado por el ejemplo de tantos hombres ilustres, estimé que debía ofrecer ayuda en la medida de mis fuerzas con todos los medios que pudiera.

Y para no ser el único en detenerme y mostrarme indigno de mis predecesores, puesto que todos están interesados en estudios vulgares con gran éxito, consideré que debía restablecer desde la raíz esta rama de la filosofía natural, como si no la presentara entre nosotros sino ante los antiguos profesores de disección. Esto también explica que no me avergüence de defender alguna vez que esta forma de disección puede compararse a la antigua; así, en nuestros días nada aparte de la Anatomía, tras hundirse, se ha llegado a recuperar íntegramente y enseguida.

Sin embargo, de ningún modo habría terminado favorablemente este proyecto si, cuando me dediqué a la medicina en París, yo no hubiera aplicado las manos a esta actividad y me hubiera dado por satisfecho con algunas vísceras mostradas superficialmente por los más inexpertos barberos en una y otra disección pública. Tan negligentemente se trataba la Anatomía allí donde por primera vez la vimos renacer prósperamente que, a mí mismo, adiestrado en algunas disecciones de animales por el famoso y nunca bastante elogiado Jacobo Silvio, me cupo en suerte dirigir la tercera disección mejor de lo que era habitual y la conduje públicamente inducido por expreso deseo de mis compañeros y preceptores.

Cuando emprendí lo mismo por segunda vez (ya relegados de la tarea los barberos) me esforcé en mostrar los músculos de la mano, así como una disección más minuciosa de las vísceras, además de ocho músculos del abdomen ignominiosamente lacerados y en orden defectuoso; nadie me había mostrado antes ningún músculo ni tampoco ningún hueso y mucho menos aún una serie precisa de nervios, venas o arterias.

Después, en Lovaina, —a donde hube de volver ante la perturbación bélica— puesto que allí en dieciocho años ni siquiera habían imaginado nada acerca de la Anatomía, y para ayudar mejor a los estudiosos de la Academia y yo mismo adquirir más habilidad en un asunto completamente oscuro pero a mi juicio necesario para la medicina, expliqué la estructura humana durante la disección con algo más de diligencia que en París; de tal modo que los más jóvenes profesores de la Academia parecieron dedicar una atención grande, seria y diligente al discernimiento de las partes del cuerpo humano, comprendiendo bien qué egregio bagaje de sabiduría les proporcionaba su conocimiento.

Más tarde en Padua, en la más brillante escuela de todo el mundo, me dediqué a investigar sobre la estructura humana puesto que el estudio de la Anatomía también conviene para la profesión médico-quirúrgica (que explico para no separarme yo mismo del resto de la medicina, contratado por cinco años con el estipendio del ilustrísimo SENADO DE VENECIA, que es con mucho el más generoso para con el estudio de las ciencias y las letras); de tal modo practicaría la Anatomía aquí y en Bolonia, mostrándola y enseñándola —rechazado el ridículo estilo de las escuelas— tal como podríamos desear que hubiera llegado hasta nosotros lo legado por los antiguos; y deseamos vivamente que nadie siga oponiéndose todavía al procedimiento anatómico.

Pero la excesiva indolencia de los médicos provocó que no se hayan conservado los escritos de Eudemo, Herófilo, Marino, Andreas, Lico y otros próceres de la disección, puesto que no ha sobrevivido ningún fragmento de ninguna página de tan ilustres autores; autores a los que Galeno menciona en número mayor de veinte en el segundo comentario al libro de Hipócrates *Sobre la naturaleza del hombre*; e, incluso, apenas la mitad de los libros anatómicos de Galeno ha sido salvado de la destrucción. Por otra parte, los que le siguieron, en cuya categoría sitúo a Oribasio, Teófilo, los Árabes y cuantos de los nuestros he podido leer hasta hoy, a todos (diré con su venia) señalo que si lo que transmitieron era digno de ser leído, es que lo tomaron prestado de Galeno.

Y, ¡por Júpiter!, a quienes diseccionan con esmero les parece que nunca han acometido otra cosa que la disección del cuerpo humano. Así, los que confiaron obstinadamente en no se qué calidad de los escritos del principal de éstos [Galeno] y debido a la desidia de los demás para la disección, redujeron de forma ignominiosa los escritos de Galeno a resúmenes tan empobrecedores, no separándose de él ni el grosor de una uña, que no se podría llegar a comprender su significado a partir de ellos. Por cierto, en la introducción de sus propios libros añaden textos totalmente conformados a partir de las enseñanzas de Galeno; y así todo lo suyo sería de Galeno, y por tanto subordinado a él; de forma que, si alguien lo considerara refutable, juzgaría que al mismo tiempo sería menospreciar por ello a Galeno.

Y tanto se confiaba en él, que nunca se podría imaginar que algún médico hubiera descubierto jamás el más ligero error en los volúmenes anatómicos de Galeno, y mucho menos todavía que pudieran encontrarse; aun cuando (a pesar de que Galeno se corrige a sí mismo con frecuencia y repara sus propios errores cometidos en algunos libros; en otros, después de

una mejor preparación, no los señala como tales y expresa frecuentemente lo contrario) nos conste desde el renacido arte de la disección y desde la lectura diligente de sus libros, así como en muchos lugares de los mismos aceptablemente corregidos, que Galeno nunca diseccionó específicamente el propio cuerpo humano. De hecho, inducido a error por sus monos (aunque se le encontraran dos cadáveres humanos secos) frecuentemente refutó sin razón a los médicos antiguos entrenados en disecciones humanas.

Es más, observarás acerca de Galeno muchas cosas que comprendió de forma equivocada trabajando sobre los monos, de modo que, siendo sorprendente en especial, silenciaré el hecho de que Galeno no reconociera entre las complejas e infinitas desigualdades que existen entre los órganos del cuerpo humano y del mono, sino tan sólo las diferencias en los dedos y en la flexión de la rodilla; observación que, sin lugar a dudas, omitiría como las demás si no fuera obvio para él mismo sin necesidad de la disección humana.

Pero, por el momento he decidido no censurar de ninguna manera los preceptos falsos de Galeno, sin duda uno de los principales maestros de disección; y mucho menos aún quisiera ser tenido en adelante por desleal al propio autor de tantas cosas buenas, o por poco respetuoso hacia su autoridad. En efecto, no ignoro cómo los médicos (a gran diferencia de los seguidores de Aristóteles) suelen desconcertarse cuando un día, al examinar las porciones diseccionadas en el desarrollo de una única lección de Anatomía, observan que Galeno se había desviado mucho más de doscientas veces de la descripción verdadera de la armonía, uso y función de las partes del cuerpo humano, y con el mayor empeño le defienden, incluso ferozmente. Aunque también ellos llevados por el amor a la verdad, van apaciguándose paulatinamente y, abandonando esta actitud, recurren a sus propios ojos y a los razonamientos sólidos con más confianza que a los escritos de Galeno; consignando por escrito diligentemente a los amigos aquí y allí que esas contradicciones no han sido corregidas por otros autores ni confirmadas por el testimonio de numerosas autoridades, y exhortándolos con gran solicitud y amabilidad a su examen y en definitiva al conocimiento de la verdadera Anatomía: de modo que puede haber esperanza en que ésta vuelva a cultivarse en breve en todas las Academias, como acostumbraba a ejercitarse en la antigüedad en Alejandría, en tiempos de Herófilo, Andreas, Marino y de otros próceres eminentísimos de la disección.

A propósito de esto, para que culmine favorablemente bajo los auspicios de las Musas, en cuanto dependió de mí saqué a la luz otras materias del mismo argumento aparte de aquellas que ciertos plagiarios publicaron como tuyas creyéndome ausente de Alemania; y recientemente he organizado el estudio de las partes del cuerpo humano en siete libros en el orden en que acostumbro a examinar la Anatomía en esta ciudad y en la reunión de hombres eruditos en Bolonia. Así, de esta forma quienes estuvieran presentes en la disección tendrán registros de las exposiciones y enseñarían Anatomía a los demás con menor dificultad. Aunque por lo demás, los libros no habrán de ser en ningún modo inútiles para aquéllos a quienes se niega la observación directa, puesto que exponen con bastante amplitud el número, posición, forma, magnitud y estructura de cada parte del cuerpo humano, así como su



conexión con otras partes, uso, función y gran cantidad de datos similares, que los que diseccamos estamos acostumbrados a escudriñar directamente en el orden natural; junto con el método de disección de muertos y vivos. Asimismo, contienen representaciones de todas las partes insertadas en el texto escrito, como si presentaran el cuerpo diseccionado ante los ojos de los estudiosos de la Naturaleza.

Ciertamente, en el primer libro he explicado la estructura de todos los huesos y cartílagos que han de ser conocidos en primer lugar por los estudiosos de la Anatomía, puesto que las partes restantes se superponen y se apoyan en ellos, y se describen inmediatamente después de esto. El segundo libro trata de los ligamentos, gracias a los cuales se conectan a su vez huesos y cartílagos; y estudia además los músculos, artífices del movimiento que depende de nuestra voluntad. El tercero abarca la compleja serie de venas que llevan la sangre necesaria a los músculos, huesos y otras partes para su nutrición; y se ocupa también de las arterias que controlan el equilibrio entre el calor natural y el espíritu vital. El cuarto no sólo nos enseña a fondo la distribución de los nervios que van a los músculos, sino también las ramas de todos los demás. El quinto trata de la disposición de los órganos de la nutrición que parte de la comida y la bebida; y, además, por su proximidad también abarca los órganos creados por el Sumo Hacedor en orden a la propagación de la especie. El sexto se dedica al corazón, impulsor de la facultad vital y a las pequeñas partes que le ayudan. El séptimo examina la armonía entre el cerebro y los órganos de los sentidos, pero sin repetir la amplia serie de nervios originados en el cerebro, ya descritos en el libro cuarto.

En verdad, para disponer el orden de estos libros yo he seguido el parecer de Galeno, quien después de la descripción de los músculos, estimó que debía examinarse la anatomía de las venas, arterias, nervios y, finalmente, de las vísceras. Aunque alguien afirmará, no sin razón, especialmente ante el aprendiz de esta ciencia, que se debe intentar alcanzar el conocimiento elemental de las vísceras al mismo tiempo que la distribución de los vasos, como señalé en el Epítome: que he preparado como guión de estos libros y como índice de lo expuesto en ellos, adornado con esplendor y protegido por la autoridad del Serenísimo Príncipe FELIPE, hijo de tu Majestad, como vivo ejemplo de las virtudes paternas (cualquiera de ellas esperada en grado máximo en el más excelso gobernante de todo el orbe).

Pero aquí me viene a la mente la opinión de algunos que condenan severamente que se ofrezca a los estudiosos de la Naturaleza no sólo los más exquisitos dibujos de hierbas, sino también los de las partes del cuerpo humano, puesto que conviene que éstas se enseñen no por dibujos sino a través de una disección cuidadosa y la observación directa de las cosas en sí mismas. ¡Como si yo hubiera recurrido exclusivamente en mis escritos a dibujos fidelísimos —y ojalá nunca distorsionados por los tipógrafos— para que los estudiosos confiaran en ellos, como hiciera Galeno mostrando dibujos de secciones de cadáveres; y no exhortase por todos los medios posibles a los estudiantes de medicina a realizar las disecciones con sus propias manos!

Ciertamente, si se hubiera extendido de forma ininterrumpida hasta nuestros días la costumbre de los antiguos, quienes ejercitaban a sus hijos en la práctica de las disecciones en su

casa, igual que les enseñaban a leer y escribir, yo no permitiría fácilmente que los antiguos nos mantuvieran alejados no sólo de los dibujos sino también de todas las explicaciones. Ellos comenzaron a escribir por primera vez sobre la realización de las disecciones cuando pensaron que era noble compartir este arte no sólo con los hijos, sino también con otros hombres a quienes respetaban por su habilidad. Así, tan pronto como los muchachos dejaron de instruirse en las disecciones una vez abolido el adiestramiento en el que solían iniciarse en la infancia, sucedió inevitablemente que en adelante aprendieron la Anatomía insatisfactoriamente. Hasta tal punto que, desde que el arte de la escuela de los seguidores de Asclepio hubiese declinado durante muchos siglos hasta desaparecer, sería necesario que se conservaran íntegras sus observaciones en libros.

¡Cuánto, por cierto, los dibujos favorecen el aprendizaje y también presentan ante los ojos cualquier cosa mejor que el más explícito discurso! No hay nadie que no lo haya experimentado en geometría y en otras disciplinas matemáticas; las imágenes de las partes de nuestro cuerpo deleitarán intensamente a aquéllos a quienes no siempre se les permite la posibilidad de realizar la disección del cuerpo humano; o, si se les permitiera, están tan poco dotados de un espíritu exigente y experimentado en un médico, que, aunque estén notablemente cautelados por el conocimiento del hombre, que atestigua la sabiduría (si algo lo hace) del infinito Creador de las cosas, no pueden inducir su ánimo hasta el punto de asistir alguna vez a una disección.

De cualquier forma, me he dedicado en exclusiva y con todo empeño a ayudar a cuantos pudiese en un asunto difícilmente accesible y no menos arduo para proporcionar una descripción completa y exacta de la estructura del cuerpo humano, formada por algunos miles de partes diferentes, y no sólo por diez o doce (como parece a los observadores superficiales); y a aportar una ayuda no desdeñable a los estudiantes de medicina para que comprendan los libros de Galeno conservados hasta ahora y para la posteridad, y que, al igual que otros testimonios suyos, requieren la ayuda de un preceptor.

Aunque entretanto no se me oculta cuán poca autoridad, por mi nombre, tendrá este esfuerzo a causa de mi edad que no rebasa los veintiocho años; y, por mi detección frecuente de abundantes errores en la obra de Galeno menos aún se me defenderá de los ataques de aquéllos que no asisten a mi enseñanza de la Anatomía, ni se dedican a ésta con diligencia ellos mismos e imaginan a primera vista las razones para la defensa de Galeno, a no ser que el fruto de mi esfuerzo salga a la luz apoyado por el patrocinio favorable de algún poder divino.

Pero, puesto que no se puede estar más protegido ni más espléndidamente honrado por nadie más grande que el divino CARLOS, supremo e invictísimo Emperador de imperecedera fama, yo ruego a tu Majestad Imperial, con toda reverencia, suplicante una y otra vez, que permitas mientras tanto que ponga en manos de los hombres este estudio mío juvenil, arriesgado en sí por muchas causas y razones, bajo tu misma guía, esplendor y patrocinio; hasta que, a través de la experiencia y del juicio que sobreviene con la edad, yo rinda, para el mayor y mejor Príncipe, la máxima dignidad a este trabajo y ciencia, y ofrezca con argumentos toma-

dos de nuestro arte, otra obra que no sea rechazada. Por más que yo anuncie, a partir de toda la ciencia de Apolo y de toda la sabiduría natural, que nada sería más grato y aceptable para tu Majestad que la descripción por la que conocemos el cuerpo y el espíritu, y ese cierto numen divino procedente de la armonía de ambos, y en definitiva a nosotros mismos (lo que es en verdad el hombre).

Y cuando comprendo esto, por muchas razones también me atrevo a decir que, de igual forma que entre aquella colección de libros dedicados a tu abuelo MAXIMILIANO, máximo Emperador Romano, de ilustre memoria, ninguno sería más grato que este pequeño libro sobre el presente asunto. Ni olvidaré jamás con qué placer observaste mis láminas anatómicas y cómo te interesaste con detenimiento por cada una, las cuales para admirarlas te presenté en cierta ocasión mi padre Andrés, el principal y más fiel entre los boticarios próximos a tu Majestad. Cómo podría ocultar ahora aquella increíble afición hacia todas las disciplinas, muy especialmente hacia las Matemáticas y sobre todo por la ciencia que trata del mundo y de los astros, así como la admirable pericia de tan gran personaje.

En verdad, puesto que es imposible que os ocupéis únicamente de la ciencia del universo, también os deleitaréis alguna vez al apreciar la estructura de la más perfecta de todas las criaturas, y tendréis el placer de considerar la posada y soporte del alma inmortal: una morada que, puesto que se corresponde admirablemente con el universo en muchos de sus nombres, era llamada microcosmos por los antiguos, no sin razón.

Pero con todo, de ningún modo he considerado que deba ensalzar aquí el conocimiento de la estructura corporal, el más digno para el propio hombre, con mucho el más encomiable, y al que con tanto agrado dedicaron su esfuerzo en Roma los más insignes varones, destacados en todo, tanto en los asuntos materiales como en las disciplinas filosóficas. Así también, con el recuerdo de Alejandro Magno, que no quiso ser retratado sino por Apeles, fundido en bronce sólo por Lisipo y esculpido únicamente por Pyrgoteles, he pensado que era aún menos adecuado enumerar aquí cualquiera de tus méritos para no extender las tinieblas en lugar de la luz con un discurso escuálido y apenas elaborado. Aun cuando deba reprobarse la costumbre demasiado asumida en los Prefacios por la que suelen atribuirse elogios a todos, sin discernimiento, al margen de méritos, rutinariamente y en busca de cualquier vil recompensa, nadie desconoce (aunque yo no lo diga) tu admirable sabiduría, prudencia sin par, benevolencia asombrosa, juicio agudo, generosidad ilimitada, ni tu admirable afecto por los escritores y el estudio, la suma diligencia para conducir las situaciones, y todo un coro de virtudes en tal grado que nadie supera a tu Majestad al aventajar a todos los mortales en dignidad y en éxitos. Por ello, mientras vivas serás venerado como una excelsa divinidad. De tal modo, ruego que los dioses no miren con malos ojos los estudios y nada en el mundo, sino que te protejan y preserven largamente incólume entre los mortales y eternamente feliz.

Padua. Calendas de agosto. Año MDXLII después del nacimiento de Cristo